

## EL MOHO

MIGUEL ÁNGEL MALO OCAÑA  
(Universidad de Alcalá)

Dejaba la cabeza medio cayendo y el pelo se volvía una cascada. La pequeña combinación la tenía arrugada en la mitad del cuerpo. Yo podía ver sus pezones. Estaba apoyada con las rodillas en la cama. "Ven", le dije. No me hizo caso; permaneció allí, bella, mirándome.

Se quitó la prenda azul y quedó desnuda, perfecta. En ambas muñecas relucían un par de pulseras (una dorada, la otra de plata). Su piel era blanca. Y yo la miraba.

Me levanté y paseé por la habitación, nervioso. "¿Qué te ocurre", me preguntó. "Este cuarto me ahoga". "¿Quieres que nos vayamos al comedor?", su mirada me pareció preocupada. "No, no", contesté murmurando, "déjalo". Ella saltó de la cama; sus pechos oscilaron, libres. Fue hacia la ventana y levantó la persiana. Era de noche. Abrió la ventana. Noche: la luna sobre los perros, en espiral de letanías, la cortina sable, sucia, maltratada, la oración final de las cucarachas. Entró un aire fresco, de madrugada. Se volvió.

- Llevas unos días muy raro.
- Apártate de la ventana, ¿no te importa que te vean desnuda?.

Ella se apartó de la ventana. Fuera, un pozo de letanías. Se sentó en la cama.

-No me has contestado.

Me acerqué a ella. Comencé a acariciarle los hombros, pero me rehusó y volvió a insistir: "¿Qué te pasa? Cuéntamelo". Permanecí callado. "Siempre te he escuchado". Empezaba a ponerse nerviosa. "¿Qué tienes?."

Me alejé de su lado y fui hacia la ventana. Me asomé. Miré el suelo y tuve ganas de saltar, de matarme, de llorar, de callar, de vivir, de caer, de hablar. Aparté mi cuerpo contra la pared. La sombra no estaba aletargada. Grietas. Cucarachas. Circuitos. De pronto, su voz: "Te quiero". Me lo había dicho muy despacio, al oído. No había notado su presencia, pero estaba allí, intentando rodearme con sus brazos. Yo seguía mirando la noche mar. Ella me acarició la espalda, el pecho, los brazos, el pene, los testículos, los hombros; la piel. Me di la vuelta. Nos miramos a los ojos. Comenzamos a besarnos. Nos acariciamos. Le digo: "Yo también te quiero". Siento su calor, su tacto agradable, a pesar de haberla recorrido mil veces.

-Ven -me dice.

De la mano, me lleva a la cama. Nos fundimos.

-Te quiero - le digo.

-Yo también -contesta.

Despacio, con el amor de siempre, logramos el ritmo, la ola. Su lengua recorre mi boca, hasta el último rincón.

Al final, quedamos abrazados, ella sobre mí. Luego salgo de su cuerpo. Llevo una mano a sus pezones, que se encabitan en seguida, rebeldes.

Ahora estoy en ella, en su interior. Me siento mejor. Con todo, muy abajo, algo no acaba de encontrar acomodo.

La miro. Se está durmiendo. Le quito el pelo de la cara. Caen los párpados. Ya no veo sus ojos marrones. Su piel apenas destaca de las sábanas. Apago la luz de la mesilla. Durante un momento estoy ciego; luego, mis ojos se acostumbran a la oscuridad, poco a poco; después, ya soy capaz de ver todos los rincones de la habitación. La cama de matrimonio. Las dos mesillas. La cómoda. El suelo. El techo. La lámpara. Los enchufes. Los interruptores. Su cuerpo. Las paredes. La puerta. El armario. La silla. La ropa sobre ella. Mis calcetines en el suelo. Los zapatos. La ventana. Silencio. Mi cuerpo. Mis límites. El canto a la humedad. La ruptura también. La ropa se amontona sin orden sobre la silla. La corbata cuelga del respaldo; como la lengua seca. Los párpados de ella. Los míos. El ritual de la noche. La combinación. Oscuridad. Tiniebla. Mar. Sudores. Cucarachas. Exterior. Tu piel, tu piel en mí. Frío. La noche negra, negra de sangre. Sudor.

Me levanto bruscamente y casi te despierto. Te doy la espalda; estoy mirando la ventana. El exterior parece más luminoso, más acogedor, más habitable. Pero, ¿cómo va a ser más acogedor si aquí está mi mujer, y yo la quiero, y ella a mí?

Al otro lado, la oscuridad, una pieza oxidada.

Me acerco a la ventana. Recuerdo tu cuerpo encendido. Los pechos salvación, tu palabra. Oscuridad, como en tu vagina expectante. Miedo. Tu cuerpo ... la noche mar.

Me acuesto de nuevo. No quiero dormirme. No. He de permanecer vivo, latiendo. ¿Dónde estás? A mi lado. Te quiero.

Los párpados van cayendo. Su cuerpo lo domina. El sueño vence.

Todo queda en calma. Fuera, al otro lado de la ventana, la hoz vuelve a ser la luna menguando; el suelo regresa a su posición exacta. Sosiego.

La noche acuna las formas, objetivas, precisas.

Al amanecer, tuve que levantarme para cerrar la ventana. Contemplé sin querer la calle. Un hombre, solitario, la recorría. Sonaban sus tacones como pidiendo perdón. Me alegré al verlo. Sentí compasión de mí mismo y luego

cerré. En el bloque de enfrente, un tipo con prismáticos. Le hice un gesto obsceno y volví a la casa. Sin desearlo, me dormí en seguida.

De repente, el despertador sonó y salí, sobresaltado, del sueño. Miré el reloj: hora de levantarse. Ella, como siempre, se da la vuelta semidormida. La sábana no la cubre por entero. Me gusta su piel. Me levanto, voy al cuarto de baño, me lavo, vuelvo, me visto y a la cocina, una vez allí me caliento la leche, me la tomo, me pongo la cazadora y salgo a la calle.

Llegas al trabajo, tan inútil como siempre, lametón de aguas podridas; pero está bien para refugiarse del Leviathán, de los malos tiempos que corren; es algo seguro, te dices.

Montañas de papeles.

Bolígrafos.

Despacho.

Competencia.

Sillón.

Fuera: la ciudad.

Dentro... un sinsentir doloroso.

Escape.

Frustración.

Permaneces.

Quieto.

Despacho.

Sillón.

Cerros de trabajo.

Cucarachas: dentro y fuera.

Ahora no hay hoces.

Se presienten.

Las presientes.

Cucarachas.

Fuera los bichos pequeños y negros se afanan por llegar antes, por ganar más, por morir menos, por vivir más.

Dentro: sillón y montones de trabajo acumulado.

Tú también.

No te importa.

... todo iba a ser distinto...

Ironía: ibas a ser el último mono y tienes un despacho para ti solo. Gracias a las obras. Los albañiles trabajan en toda la cuarta planta, arreglando y mejorando vuestro lugar de trabajo. Mientras otros se hacinan en un rincón, tú tienes un despacho entero. ¿Por qué fuiste elegido para estar solo?.

Oxidado, un saxo triste recita su melodía.

La secretaria del jefe entra en tu despacho y se extraña al verte así, arrodillado y con el zapato en la mano, debajo de la mesa.

- Pero, ¿qué haces?

Levantas la cabeza y te golpeas contra la mesa y caes al suelo. Ella te ayuda a levantarte.

-¿Qué hacías? -te pregunta.

- Cucarachas.

- ¿Cómo?

- Hay cucarachas otra vez; las estaba matando con el zapato

- ¿Por qué no dejas eso para las de la limpieza?

- Es que no las soporto.

- ¿A quién?

- A las cucarachas, quiero decir.

- Mejor será que te pongas a trabajar. Mira cuántos papeles tienes en la mesa.

Es cierto. La mesa apenas puede verse bajo la montaña de trabajo atrasado.

- No tengo ganas de trabajar -la frase te achica, disminuye tu estatura.

- A ti te pasa algo -su mirada busca los detalles. Se acerca y te entrega los informes que lleva en la mano.

- ¡Qué va! -dices al cogerlos, mirando sus dedos; sencillamente estoy algo decaído. A todos nos ocurre de vez en cuando.

- Sí, pero tu caso es... muy especial.

- ¿Y eso?

- No sé, hay algo en ti que no marcha, algo que ya no está.

Te pones el zapato arma en el pie correspondiente. Caminas hacia el ventanal. Contemplas la ciudad.

- Quizás nunca estuvo o tal vez estará siempre -barbotas.

Ella ha oído, pero no hace comentarios. Gira sobre sus talones y desaparece detrás de la puerta.

Coral negro. La ciudad es un inmenso dragón gris, un pulpo meticuloso. Su respiración la cubre, la mata, la alimenta. La ciudad copula consigo misma y se extiende cada vez más: tu vista ya no puede abarcarla.

Autofagia. Es un gigante tumbado que abraza la tierra y se destruye a sí mismo. La una y media: la hora punta. Las cucarachas se afanarán en una carrera sin meta y tú formarás parte de ella. Alcantarilla.

Suspiras. La ciudad es un gran hueco, la destrucción. Quizá, lo racional sería cambiar de esperanza. Las cucarachas corren muy rápido, puede que por eso las odies tanto. Son negras y rápidas: asco. Encierro. Es un cáncer. Lágrimas. Temer. Y unas alas. Deseos de sueños y respuestas. Piensas que es probable que un día tu respuesta salga en la t.v., en los periódicos, en los libros, en las opiniones, en las respuestas: un patrón para vestir sombras, para pensarlas. Pensar: combinar las piezas del rompecabezas. Pensar: vivir. Pensar, pero también olvidar. Pensar y olvidar: blanco y negro. El moho no piensa. Olvido: dormir. Pensar: ¿qué es eso? Pensar: has olvidado qué es. No pensar: no volverte loco. Pensar. Pensar. ¿Quién repite "pensar, pensar,

pensar"? ¿Quién es el loco? Pensar. ¡Qué alguien lo calle! Pensar; pensar, pensar. ¿Nadie puede silenciarlo? Por favor ...

Suena el teléfono, te llama, te reclama.

A lo largo de la mañana van naciendo sucedáneos, la muerte de la pasión, lo turbio. El ritmo de los pasos, helicópteros de palomas, el rumor mermado. Un niño vomita cerveza. Sobremueres. (La ventana en el recuerdo, que va muriendo, pero sólo su forma). Un hombre se pone los dientes. Las monedas vuelan y los perros aullan bajo la nieve redonda. La nieve es fría, vengativa. La nieve es un paso truncado, un azul intranquilo, el sentir más oculto. La bilis y la hiel (apetecibles, sensuales, provocativas). El terreno que pisamos: alcantarillas, piedras o lágrimas.

Los objetos del escaparate te observan, te palpan, te dicen que llevas un tiempo sin venir por aquí, que has faltado a la cita varios días y que ellos te necesitan, ¿cómo vivirían si no? En un cuidadoso desorden se muestran ante cualquier deseo. Ellos reclaman ser tuyos; tú no deseas tanto, pero ellos se conforman con que les echés un vistazo cuando vuelves a casa a comer. Las cosas te piden que les des la vida, derivada y sutil -pero vida-, para ser algo más que objetos, por ejemplo, un deseo de tu énfima; cuando menos, una digresión de tu pensamiento.

Te piden que los habites. ¿Por qué no has pasado por aquí en estos últimos días? Este camino es más corto y, antes de meterte en casa, te gusta que te dé el aire en la cara, aunque sea viciado y maloliente. Prefieres el camino largo que atraviesa todo el barrio; así puedes contemplar la variedad -que tanto te atrae- de rostros, de tipos humanos. Sí, es mucho mejor el otro camino; si vienes por éste de vez en cuando es sólo por el escaparate, porque las cosas reclaman tu compañía y, al fin y al cabo, piensas, también tienen derecho a existir.

Reemprendes la marcha. Verdaderamente, es más aburrido regresar por aquí, apenas pasa nadie y, sin embargo, hay tanto ruido.

El buzón está vacío y no sirve recrear, como todos los días, el portal, recrear, hasta que llames al ascensor, las paredes, el farolejo del techo, el inicio de las escaleras (diez escalones de madera gastada y chillona), la plata vieja y desligada (cactus o esparraguera); y lo miras del mismo modo que ayer, con los mismos ojos que anteayer te sirvieron para resbalarlos sobre la suciedad, prehistórica, de la pintura marrón diarrea; porque llevas puesta la misma sombra que la semana pasada, sin rasgos, sólo silueta oscura. El entorno ahistórico. El portal de tu casa. Anodino y grisáceo, a pesar de la pintura marrón.

Fuera, un ruido de tacones se acerca y tú te encaminas hacia las escaleras: es horrible subir en el ascensor con alguien y no saber qué decir.

La lámpara tubular de las escaleras te ayuda a subir, despacio, hasta tu casa. Se retorna en míticos zigzags, retorciéndose sobre sí misma hasta el quinto piso. La luz escasea. Las sombras se atorbellinan en cada rincón,

brotan de cada esquina, de cada mancha del suelo. Los escalones son de madera (acordes con el viejo ascensor, con el bloque vetusto; un edificio antiguo para un matrimonio tan joven, veintiocho o treinta años, pero el bolsillo, su contenido, ordena y manda). La ascensión parece un descenso, una caída lenta, lamedora de circunstancias. Se apilan los años y los días en la escalera. Subir, bajar. Las puertas son monolitos de culto. La barandilla, un poseedor de manos. El ascensor cruje y se detiene en el piso inferior. Las escaleras rodean el hueco y amplifican su ruido. Subir, bajar, qué más da. Nada queda que no hayas visto ya: conoces todos los pliegues de la penumbra (la que te acoge). En el incierto camino de tu pensar sólo hay de nuevo algo tan vago como un presentimiento.

Llegas a tu monolito. Buscas la llave. La encuentras. Abres la puerta. Entras. La cierras.

- Hola.

Nadie contesta.

- ¡¿Hola?!

- Estoy aquí -se oye a lo lejos, aunque no demasiado porque el piso no es muy grande.

En la cocina hay bastante ruido: la radio, la olla. Apagas la radio.

- No sé cómo puedes aguantar tanto ruido.

- Me gusta mucho oír la radio. Me hace compañía.

- ¿Está ya la comida?

- Casi.

- Entonces iré poniendo la mesa.

Todo iba a ser distinto, ¿te acuerdas? Han sido las hoces con su secuela, los golpes secos, rudos. Las aguas del río.

Grietas. Sin embargo, la quieres. ¿Es un problema aparte? ¿Dónde está? Ahí, cercana, sirviendo la mesa.

Pruebas la comida.

- ¿Qué tal está? -te pregunta.

- Me gusta.

- Me alegre -sonríe.

¿Por qué sonríe siempre?

Ella vuelve a la cocina para dejar la sopera.

Moho. Acabáis de comer. Vas al servicio. Defecas mientras lees un libro. Acabas. Te limpias. Tiras de la cadena. Colocas en su sitio calzoncillos y pantalones.

Te sobra un cuarto de hora antes de irte y no sabes qué hacer con él. Vas de un lado a otro, intranquilo, nervioso. Comedor. Cocina. Habitación. Terraza.

Ella, mientras, te observa, en silencio; sin que tú lo sepas. Está fregando, pero su oído y su vista están atentos a ti, a tu desierto.

Miras el reloj: sólo han transcurrido cinco minutos. ¿Qué le pasa al tiempo?

El devenir se torna purulento, desagradable. Comedor. Cocina. Habitación. Terraza. La otra habitación. Cocina; con ella.

- Estás muy guapa hoy -le dices.

- ¿De verdad? -contesta, casi riendo-. Y eso que estoy fregando; que si estuviera en traje de noche, ¡qué me dirías!

Te acercas a ella. La abrazas.

- Quita, tonto, que te voy a mojar.

- Sólo si tu quieres.

Jugueteo, monótono, de besos.

Después de comer, la tarde ha discurrido como todas: fuiste a acabar la jornada, regresaste rápidamente por el camino más largo, le diste un beso al llegar, tomaste una aspirina para el leve dolor de cabeza y encendiste el televisor. Sin prisa, los programas desfilaron, sin brillo, ignorantes, uno tras otro, en vuestro aparato. Ella, cuando ya anochecía, planchó la ropa que había lavado por la mañana y tú le contaste todo lo que habías hecho en el trabajo. Todo era igual que el día anterior; no pareció importarle. Sonrió cuando le contaste el episodio de las cucarachas. Torció el gesto cuando le confesaste que te desasosiega subir en el ascensor con alguien que no conoces, porque nunca has sabido de qué hablar. Es un tiempo demasiado corto para emprender una conversación, pero demasiado largo como para permanecer en silencio. "Pues di algo sobre el tiempo", te sugirió ella. Y tú pensaste: "Qué triste estado!".

Llegaron tras el aburrimiento, la cena y el telediario. Muy pronto, te entra sueño.

- Me voy a acostar.

- ¿Te pasa algo?

- ¿A mí?, ¿qué me va pasar a mí?

- ¿De verdad?

- Siiiiiiií.

- No te enfades, sólo te he hecho una pregunta.

- Si no me enfado.

- Sí te has enfadado.

- Que no.

- Bueno, pues no te has enfadado -y ella se queda mirando el bodrio americano de la televisión.

No te gusta irte así. Pones cara de arrepentimiento y le dices:

- Perdona, pero es que estoy un poco raro estos días. A todo el mundo le pasa de vez en cuando, ¿no?

Ella asiente.

Vas a la cocina. llenas un vaso de agua. Habitación. Dejas el vaso en tu mesilla de noche. Te desnudas. El pijama. Vas al baño. Meas. Regresas a la pieza. Te acuestas. Apagas la luz. Y allá, a los pies de la cama, el terror, el vacío, la ventana, un salto y nada quedaría; nada. Cierras los ojos, con mucha fuerza. No. No. No, no, no.

Ella, en el comedor, se siente sola, así que a la media hora se encuentra en la habitación, dispuesta a acostarse. Te mira. Estás durmiendo; sin embargo, tu respiración agita el aire. Te mueves mucho. Sin encender la luz, se desnuda. Antes de ponerse el camisón, se acaricia la piel, los pechos, la vagina. Te mira. Se pone el camisón. Se mete en la cama. Sobre la almohada, y sin que tú te des cuenta, llora.

